

FERNANDO SOTO CRUZ\*

## Estrepitoso suceso

Para una vez más moverse no han pasado dos o tres minutos; con poca elegancia consigue ponerse en pie solventando así toda falta de decoro con la cual la vestimenta de ella se sustrajo, aún aturdida se encuentra y no menos ensordecida; han sido dos luces resplandecientes las que la sorprendieron, atina a sacudir de su sayal el polvo. Un momento le toma darse cuenta del relativo silencio; después, un chorrito sonoro de tosca música de banda permea apenas el ambiente, mas el helado resoplar de su caballo no está presente. Luego de girar en dirección del camino observa allí tirado a Cuco, quebrado, destrozado, pulverizado en algunas partes.

La eterna e imbatible Muerte no puede creerlo, balbucea llamando a su compañero de causa, su potro ágil y eficaz; de rodillas sobre la tierra seca la desdentada calcárea cabeza équida es sostenida por la atribulada dueña quien mira la mayor parte de los huesos fragmentados por ese terrible impacto con el auto el cual, sin considerarlo bólido, tiene la velocidad y peso suficientes para desbaratar de cualquier animal descarnando su osamenta. Con el sentimiento profusamente afectado, la Muerte se aproxima al pesado y retorcido metal volcado donde la música se ha vuelto pasmosa; allí, inclinando la cabeza, observa el desventurado zangoloteo de los ocupantes, la contusión sangrante en el esfenoides del joven conductor sobre la ventana salpicando el volante, y luego ella, es infame cualquier puntual expresión de sus fracturas en el cráneo. A cada cual, la vida ya no es una posibilidad.

Segundo lugar de  
la Convocatoria de  
Cuento Breve 2025

Es un vistazo con rencor, a la vez de un altivo desdén bajo la capucha sólo por la posición corporal de la Muerte al erguirse luego de contemplar el resultado de los responsables del accidente. Sin ella haber intervenido, caro es el costo de resarcir el estropicio a su patrimonio. El corcel de la muerte está para siempre muerto. Cavila en ello, cuando del asiento trasero del deformado vehículo una inquietante queja emerge.

La Muerte contempla, busca; de una monda fuego refulge para amedrentar la oscuridad; unas manos pequeñas abren el avance de un menor de dieciocho meses de edad bajo el pequeño asiento para infante el cual, del estrepitoso suceso, lo ha salvado; la voz de ojos dulces en sus pequeños labios la llama Mamá...

Conmovida, la Muerte, con el corazón enternecido, tras hacer llegar con algún hechizo hasta las mondadas izquierdas a su infalible herramienta, se retira con el cálido bebé en el frío brazo para verlo vivir, porque si de la vida sabe su significado, la Muerte lo conoce todo.